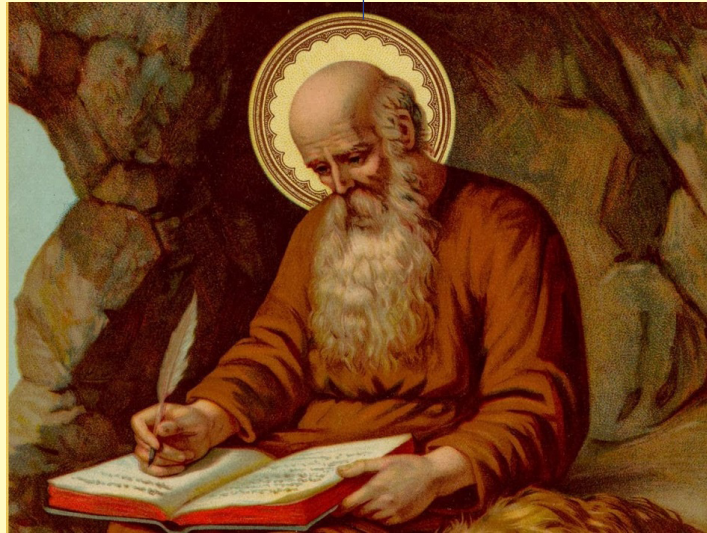


## ITINERARIO DE SU VIDA

Nacido en Estridón (Dalmacia) en el año 347 aproximadamente, Sofronio Eusebio Jerónimo, tras una juventud desordenada y la formación romana en la escuela del famoso retórico Donato, se hizo catecúmeno junto con Bonosio en el año 366 y recibió el bautismo de manos del papa Liberio (352-366). Después de una breve estancia en Tréveris, se estableció en Aquilea con la comunidad de Cromacio (374), donde conoció a Rufino (con el que más tarde polemizaría). Pero luego partió para Oriente, llegando a Antioquía.

Abandonando la cultura pagana, Jerónimo se consagró a la vida ascética en el desierto de Calcidia, al sudeste de Antioquía (donde aprendió el hebreo). Después de superar graves tentaciones con la oración y una austera penitencia, aceptó ser ordenado sacerdote por el obispo Paulino a los treinta y ocho años. Luego se fue a Constantinopla (380-381), donde conoció a Gregorio Nacianceno y la escuela neoplatónica, con la exégesis alegórica alejandrina, dedicándose a traducir las *Homilias* de Orígenes sobre Ezequiel y la *Crónica* de Eusebio de Cesarea (completándola desde el año 326 al 379). Para acompañar a Paulino de Antioquía y Epifania de Salamina al concilio romano del 382, se fue a Roma, donde el papa Dámaso le hizo secretario suyo, encargándole que revisara la traducción latina de los evangelios. Con su espíritu satírico combatió a Elpidio, que despreciaba la virginidad, y dirigió espiritualmente un círculo ascético de mujeres nobles en las lujosas villas del Aventino, como Marcela, Paula y Eustoquio.

La muerte de Dámaso (384), por desavenencias con el clero romano (entre otras cosas, a causa de la nueva versión de la Biblia), partió de nuevo para Oriente, visitando Palestina, Egipto y el desierto de Nitria, donde vivían los ascetas (en Alejandría consultó al maestro de exégesis Dídimo el Ciego). Finalmente recaló en Belén (386-419), donde se convirtió en el responsable espiritual del monasterio construido por Paula para sus compañeras. En su monasterio masculino, Jerónimo pudo dedicarse a ultimar las versiones de la Biblia (del griego de los LXX y la mayor parte del Antiguo Testamento del hebreo) y a redactar otras obras: *De viris illustribus* (precioso para la historia) y numerosas cartas (157). Hubo de luchar de nuevo en defensa de la virginidad (su adversario era Joviniano) y contra el origenismo: del 393 al 402 había estallado la crisis origenista, ocasionada por el *Panario* de Epifanio de Salamina. Polemizó duramente contra su amigo Rufino y contra el obispo de Jerusalén Juan; luego, contra Pelagio y Vigilancio. Tras la muerte de sus bienhechoras e hijas espirituales (Paula y Eustoquio), permaneció en el monasterio devastado, apenado por las noticias que llegaban de Roma, donde Alarico hacía estragos.



## LA HERENCIA ESPIRITUAL BÍBLICA

Su itinerario existencial encontró en el amor hacia el estudio de la Biblia las raíces de la santidad. En efecto, él puso a disposición perenne de las futuras generaciones cristianas, una inmensa obra bíblica; un ejemplo de trabajo cotidiano y de religiosidad monástica, que debe considerarse patrimonio universal del mundo cristiano. Consideró el estudio de la Biblia como una ascesis. Por tal razón, su herencia espiritual está unida sobre todo a la Biblia, pero también a la vida ascética, tanto eremítica como cenobítica, masculina y femenina, como aparece en algunos de sus escritos (*Ep. 22 a Eustoquio; Vita Pauli; Vita Hilarionis, Vita Malchi*).

La preparación literaria de Jerónimo, de lingüista y de filólogo, tanto del griego como del hebreo, lo empujaron a revisar sistemáticamente las versiones latinas existentes. Para Jerónimo lo realmente importante en la traducción era comprender el sentido del texto y permanecer fiel a él. El papel de las Sagradas Escrituras en la vida del creyente es desarrollado por Jerónimo cuando se detiene en el *commentatoris officium* o en el papel del exegeta (*Ep. 49, 7*) que, para él, consiste fundamentalmente en explicar el texto. Si al comentarista bíblico le incumbe la capacidad de distinguir las opiniones heréticas de aquellas auténticas en relación a un pasaje de la Sagrada Escritura, el papel del lector no se limita sólo al deseo de aprender o conocer, ni mucho menos a examinar al Señor, como muchas veces se lee en los Evangelios, sino al papel de traducirlo en la vida. Jerónimo escribe: «Deseamos traducir las palabras en obras; no hablar de cosas santas, sino de hacerlas» (*In Hiez, 3, prol.; CCL 75, 91*). **Estudio, ascesis, trabajo, oración constituyen las notas de la espiritualidad bíblica de Jerónimo, orientada al servicio eclesial de la inteligencia de las Escrituras.**

**El hilo que unifica tal ascesis bíblica procede de la clave hermenéutica de las Escrituras, que es Cristo.** Jerónimo traduce aquella indicación común del período patrístico, a un estudio que se realiza en el amoroso conocimiento que permite seguir a Cristo y convertirse en su discípulo. El lector bíblico no desempeña sólo una función mecánica de lectura en voz alta, porque él «es aquel que transmite el mensaje de la boca del autor al oído del discípulo» (*Ep. 53, 2*). Para poder llevar a cabo tal función, el lector necesita ser «prudente, diligente, curioso, celoso, erudito», cinco cualidades que cualifican, explicitan e integran la espiritualidad bíblica de Jerónimo. (*Notas de E. Lodi y V. Grossi*)